

la enseñanza de la arquitectura

Arqto. Marcel Lods

Traducido de "Techniques et Architecture"

Mayo de 1966

En Francia como en Chile, ayer como hoy, la enseñanza de la arquitectura plantea difíciles problemas a los centros de estudios superiores que tradicionalmente se encargaban de formar las nuevas generaciones de arquitectos.

Nuestra cultura, en una etapa de rápidos cambios de transiciones difíciles y a veces violentas, parece asignar a la arquitectura misiones mucho más sutiles y complejas, que abren perspectivas absolutamente insospechadas. Sólo algunos espíritus alertas vislumbran, como Marcel Lods, las sendas del porvenir, que no es lejano sino urgente.

Creemos por ello de interés reproducir este artículo que revela además curiosos paralelismos en las situaciones, respecto de nuestra Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

Desde hace varios años prosiguen los trabajos de las Comisiones encargadas de reformar la Enseñanza de la Arquitectura en la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Los resultados obtenidos no están en relación a la importancia del problema.

Se han realizado informes.

Fui encargado de redactar uno de ellos...

Mientras trabajaba acariciaba la esperanza

de ver abrirse gracias a él, un amplio debate generador de decisiones importantes.

Esto no sucedió.

El informe fue leído, comentado rápidamente y archivado.

Después de esto, sin que hubieran aparecido nuevas bases de trabajo se decidió reanudar los trabajos de la Comisión... con el objeto de realizar un nuevo informe.

André Leconte fue encargado de hacerlo. Esta vez fue aprobado por la Comisión.

Las reformas, muy modestas, que él preconizaba, ¿resolverían el problema planteado?

Es legítimo dudar... En todo caso, fueron rápidamente juzgadas insuficientes a tal punto, que ahora nos enfrentamos con la tarea, una vez más, de reanudar los trabajos de la Comisión lo que ineluctablemente conducirá a la realización de un nuevo informe.

No hay ninguna razón para que este pequeño juego no continúe indefinidamente.

Mientras tanto, la enfermedad crece. Estamos ahora frente a las huelgas de alumnos, a las comunicaciones del Gran Público que toman la iniciativa de proponer reformas, y artículos de prensa criticando la enseñanza.

Tengo la firme convicción que es inútil esperar solucionar un problema tan grave si se continúa, como ha sido el caso hasta ahora, dejando de lado sistemáticamente el fondo mismo del debate.

El 28 de Junio de 1958, comuniqué mis reflexiones en este sentido al Sr. Unstersteller, Director de la Escuela de Bellas Artes, en una carta reproducida en el anexo.

Partiendo de ella voy a tratar de hacer planteamientos con respecto al problema que **Techniques et Architecture** me ha pedido tratar.

Mi carta al Director plantea en principio que toda enseñanza debe estar en función del hombre que pretende formar y que éste sólo podría ser definido por la misión que deberá cumplir.

Me excuso de haber sido llevado a enunciar semejante verdad primera. Sin embargo, es necesario compenetrarse bien de ella, puesto que la adopción o el rechazo de esta verdad, es lo que condiciona todo el debate.

Si se la admite, todo se hace claro. Si no es admitida, como es el caso actualmente, el desorden se apodera de la discusión y no se puede estar seguro sobre su resultado.

Supongamos haber obtenido el acuerdo. Supongamos que sea admitido por todos, que el arquitecto de mañana estará definido por su misión y que su mayor preparación debe ser la base de la enseñanza del oficio... Esta vez nuestro trabajo se hace muy simple:

1.—Tratar de definir la actividad del arquitecto del futuro.

2.—Ver qué cualidades le son necesarias para responder mejor a las mejores.

3.—Por último, ver cuáles son los mejores medios para adquirir esas cualidades.

Tratar de adivinar una actividad futura es correr el riesgo de cometer uno o varios errores... Siempre es peligroso tener la pretensión de ser profeta.

Sin embargo, es mejor asumir este riesgo a permanecer inactivo frente a los acontecimientos susceptibles de acarrear graves consecuencias.

Si es imposible poner con exactitud todas las características de la vida futura, se puede, sin embargo, discernir ciertamente algunas de ellas y en todo caso, el sentido general en el cual se producirá la evolución.

El acontecimiento nuevo de los próximos años, el que debe constituir la base de nuestro razonamiento, es el aumento masivo de la cantidad de energía puesta a disposición de cada hombre.

Mañana habrá abundancia de energía. Esta abundancia tendrá por consecuencia la multiplicación de las posibilidades de realización de construcciones de toda clase, gracias a la riqueza de materias primas y de medios de colocación.

Esto va a trastornar todo lo que ha constituido la actividad material del hombre hasta nuestros días.

El esfuerzo físico, humano o animal, principal productor de energía en el pasado, mañana será reemplazado por la sola obligación de controlar el funcionamiento de aparatos que produzcan y utilicen la energía mecánica.

Esta revolución ya se ha hecho presente en numerosos terrenos... Para medir su avance hagamos una comparación entre la naturaleza del esfuerzo humano en tres estadios de civilización características.

Una imagen de este esfuerzo durante el primer estadio está dado por el esclavo antiguo, unido a su carga y trasladándola con gran esfuerzo. Durante todo el período de la historia anterior al descubrimiento de la energía mecánica, este esfuerzo, más o menos aliviado por el de los animales domésticos, seguirá siendo el mismo. Seguirá siendo "esfuerzo físico".

Sólo evolucionará el móvil de la acción. El hombre, obligado por el látigo cuando se trataba de construir las Pirámides, será apoyado por la fe cuando se trate de lanzar hacia el cielo las flechas de las catedrales. Tanto en un caso como en el otro, sufrirá "físicamente".

Mucho más cerca de nosotros, desde el nacimiento de la era maquinista, aparece una nueva imagen. El esfuerzo del hombre tiende a hacer producir con la fuerza de la máquina en vez de producirla él mismo.

El puede, ya sea conducir la máquina, es el caso del mecánico, ya sea alimentar a la máquina, es el caso del fogonero del paquebote o del fogonero de la fábrica.

El esfuerzo sigue siendo penoso, pero su rendimiento ha aumentado considerablemente. Tal es el segundo estadio.

El tercero, el de hoy día, presenta, con relación a los precedentes, una diferencia fundamental. El esfuerzo físico desaparece para ser reemplazado por el esfuerzo de atención.

Ya no se trata de proporcionar kilogrametros, se trata de conducir a veces simplemente de supervigilar a la máquina que los produce.

La imagen que representa este nuevo tipo de esfuerzo está dada por el hombre encargado de supervigilar el funcionamiento de un taller equipado con máquinas automáticas o por el que controla el reparto de la corriente en la sala de distribución de una central eléctrica.

El primero se pasea por el taller, el segundo está sentado detrás de un pupitre con señales luminosas.

Ni para uno, ni para el otro es una cuestión de esfuerzo físico. Su rol no consiste más que en controlar, hasta el día, que está muy próximo, en que la máquina se encargará de hacerlo.

Tal es el sentido de la evolución. Nada permite suponer que exista la menor posibilidad de que los términos se inviertan.

Desde ya, la automatización ha intervenido en fabricaciones tan corrientes como la de un motor de cuatro cilindros. Con gran retraso, la edificación comienza a participar en este movimiento. Estará obligada a seguirlo.

En esta nueva edificación nos es necesario situar nuestra arquitectura. ¿Cuál debe ser su rol en una corporación tan industrializada? Un gran rol... Un rol probablemente más grande que nunca... Con la única condición que lo acente de buen grado, y que aceptándolo, se prepare para ello.

Sin embargo, su actividad deberá aplicarse en dos terrenos. Fabricar edificios y esto en cantidades desconocidas hasta el presente. Diseñar la región donde los elevará, por lo tanto rea-

lizar planes a una escala igualmente desconocida hasta el presente. Esto no es todo.

El Arquitecto ayer, construía disponiendo de todo el tiempo necesario, un pequeño número de edificios, simples, ubicados excepcionalmente, siguiendo grandes composiciones, a menudo empíricamente, en regiones ocupadas en poblaciones poco densas, mañana va a ser encargado de hacer rápidamente edificios; más numerosos, más complejos, aptos para misiones más amplias, teniendo interacciones tan intensas y tan estrechas entre ellos, que será muy necesario, so pena de provocar catástrofes, articularlos con ayuda de grandes Planes.

La realización de la primera parte de la misión (fabricación industrial de edificios) hace indispensable la segunda.

En efecto, en el curso de los últimos años, la industria ha podido crear, sin daño aparente, la abundancia para algunos objetos.

El hecho de multiplicar los refrigeradores y las máquinas de afeitar eléctricas no plantea problema, en cuanto a su distribución. Fabricar millares de automóviles al día sin que se haya soñado proyectar y construir los caminos destinados a recibirlos, es un problema que comienza a plantearse en serio... Fabricar edificios con la abundancia que darán los medios de la industria y remitirlos a sus compradores, o al azar, con relación a la manera en que serán agrupados sobre el terreno, provocará un desastre.

Los resultados catastróficos que producirá esa forma de actuar vendría a reproducir, centuplicar, los desórdenes provocados después de la primera guerra por la Ley Loucheur en los conjuntos de construcciones llamados "Loteos Defectuosos".

Por lo tanto será necesario hacer los edificios y al mismo tiempo proyectar el plano de la región donde serán alzados. El programa es vasto... Es de una amplitud y dificultad tales que reclama un gran número de Arquitectos perfectamente calificados.

Hechos aquí, esta vez, llevados al centro mismo del debate. ¿Cómo es necesario formar estos arquitectos del futuro?

Ya se han emprendido sólidos trabajos para fijar las bases de su formación. Citemos, en particular, el programa sometido actualmente al Ministro por los promotores de la nueva Escuela de Arquitectura, denominada hasta el presente "Escuela de París".

Formar un técnico capaz de dominar un pro-

grama semejante al que acabamos de describir, obliga a dar a una parte importante de la enseñanza una dirección completamente nueva.

El cambio esencial consiste en:

El conocimiento del pasado, para el arquitecto del mañana, artista y técnico a la vez, debe seguir siendo un elemento importante de cultura. Pero no debe ser nada más.

Este conocimiento, de ninguna manera deberá constituir la base esencial de la profesión y menos aún, llegar a establecer un repertorio de ejemplos utilizables mediante ciertos "arreglos". ¿Por qué?, Porque la mayoría de los programas y de los medios de realización serán absolutamente nuevos y deberán ser abordados con un espíritu dirigido hacia el futuro.

¿Programas nuevos? Sí, en efecto... Fábricas atómicas, fábricas maremotrices, fábricas en general (automatizadas o no), Plataformas de lanzamiento de cohetes, Aeropuertos, Autopistas, Construcción de inmuebles de 300 a 400 metros de altura, son programas absolutamente nuevos.

Es vano tener la esperanza de encontrar en los Griegos o en los Romanos ejemplos que puedan ser utilizados para su estudio.

¿Nuevos medios?, otro tanto... Metal inoxidable, metales oxidados anódicamente, maderas sintéticas, materias plásticas, soldaduras eléctricas, laminadoras continuas, prensas de 500 toneladas o grúas eléctricas, son medios nuevos para los cuales es vano buscar en la antigüedad técnicas de empleo que se refieran a ellos.

Después de esto, nos parece de una evidencia aplastante que la formación del Arquitecto encargado de resolver los problemas planteados por aquellos programas nuevos, realizados con la ayuda de éstos nuevos medios, sólo puede ser una formación orientada ampliamente hacia el conocimiento del futuro y de las obras realizables con la ayuda de procedimientos de construcción que comienzan a nacer y que nacerán en mayor grado mañana.

Es necesario que admitamos que se ha producido una "rotura" en nuestra civilización y que ciertas cosas que han permanecido válidas durante siglos, va a dejar de existir.

Los manuales de historia que se escribirán dentro de algunos siglos hablarán de la Arquitectura pre-maquinista y de la Arquitectura post-maquinista.

Sin duda, la expresión que se empleará probablemente no será la misma de la cual nos

servimos, sino la constatación de la ruptura entre dos épocas.

Esta es la más evidente y más importante ciertamente que el descubrimiento del fuego o el de la rueda.

Es de la existencia de este acontecimiento que se desprende nuestra certeza de que la característica principal de la enseñanza futura, debe ser la preocupación de despertar en los alumnos una curiosidad insaciable en cuanto a nuevas soluciones y nuevas formas.

El Arquitecto de mañana deber ser un apasionado de los descubrimientos. Sus facultades de invención deben ser desarrolladas por todos los medios. Se revela ante él un campo de acción de una amplitud inesperada que debe poder estudiar a fondo.

Deberá abordar con fe y entusiasmo, la utilización de aportes maravillosos que la época nos dispensa generosamente.

Henos aquí, una vez más, frente a la querrela de clásicos modernos. ¿Es necesario conocer el pasado? Sí.

¿Es necesario "arreglarlo" con el fin de poder emplearlo como ejemplo? No.

No datan sólo de ayer las críticas que los modernos con toda justicia han hecho a los Sedientos clásicos que, pretendiendo renovar el pasado, no logran más que deformarlo y caracterizarlo hasta hacer de él la más monstruosa de las parodias.

Esta deformación condujo a errores de tal dimensión que ellos bastarían para hacerla condenable.

No insistamos... ¿No hemos visto demasiados Arquitectos abandonar su profesión para convertirse en Arqueólogos?

Conociendo el pasado de manera prodigiosa, verdaderos archivos de todo lo que se ha "hecho", ellos han llegado a vivir tan completamente en su pasado muerto, que no han sido capaces de conocer a tiempo...

Consecuencia inevitable, nunca han agotado sus facultades de invención y sus posibilidades de descubrimientos. Han justificado la reflexión de Descartes:

"Cuando se es demasiado curioso por las cosas que se practicaban en los siglos pasados, se permanece muy ignorante sobre las que se practican en éste" (Discurso del Método, 1ª parte).

Pretendiendo amar y respetar el pasado, han cometido el sacrilegio de utilizarlo para otros fines distintos de aquellos para los cuales había sido creado. Esta vez se nos viene a la mente un pensamiento más reciente.

El del Arquitecto Howard Roark dirigiéndose al Rector de la Escuela de Stanton:

"Ud. desearía ahora que nosotros hiciésemos copias en hierro y hormigón, de copias en yeso sacadas de copias en mármol de construcciones en madera" (La Source Vive, Ayn Rand).

Agreguemos que los inconvenientes que presentaba este procedimiento extraño, en el pasado reciente, serán ampliamente sobrepasados por aquellos que presentará mañana...

Quizás antaño podíamos excusar algunos errores por respeto a un cierto lazo de parentesco. En rigor, podíamos encontrar parentesco entre las columnas de un Templo Griego y las Columnas del Gran Triánón.

¿Pero hoy? ¿Cómo encontrar un lazo de parentesco entre las columnas antiguas y la bóveda esbelta del C.N.J.T. edificada en el Rand Point de la Défense? Existe un parentesco entre le Pont du Garel y el Pont-Neuf.

¿Podemos encontrarlo entre el Pont-Neuf y los 1500 metros de luz del Golden Gate? El rompimiento se ha realizado. Negarlo o rehusar verlo es una locura.

Una vez más, no es cuestión de preferir, de sentir, de desear... Es cuestión de constatar.

Y sobre todo que no se nos venga a decir que lo que hemos ofrecido no es "arquitectura".

Muy por el contrario, se tratará de una Arquitectura notable, grandiosa, social, viva.

Diferente... sí, por cierto. ...

Pero más magnífica que nunca. Evidentemente, ella va a imponer a aquél que la quiera practicar el conocimiento de miles de cosas nuevas. Se esfumará el interés por reedificar las ruinas antiguas. Conservará su encanto, los resultados que hayan proporcionado tales búsquedas siempre podrán ser consultados con provecho con un fin de erudición. Pero la visita a una fábrica donde el joven arquitecto se familiarizará con el funcionamiento de una plegadora, donde aprenderá los secretos de la soldadura al arco, ocuparán su tiempo de modo tan absoluto que las visitas a las ruinas sólo podrán ser consideradas como una ocupación de vacaciones.

Mañana se tratará de dirigir un equipo que estudie en detalle un proyecto del cual el Arquitecto habrá hecho el primer bosquejo. Sobre esta traducción inicial del programa deberán registrarse los servicios de múltiples disciplinas de las cuales cada especialista tendrá la jefatura total.

El Arquitecto deberá estar suficientemente informado de las exigencias de cada profesión para poder dirigir un debate general entre personas encargadas de defender puntos de vista particulares, a menudo contradictorios.

No hay nada de nuevo en esto... Paul Gaudet decía ya, hace más de 50 años, que su carpintero, su albañil, obligatoriamente era más carpintero, más albañil que él.

Sucedirá lo mismo mañana, cuando el carpintero se haya transformado en fabricante de ventanas automáticas y muros-cortinas, cuando el albañil haya llegado a ser un gran ingeniero en hormigón y cuando el diálogo con tales especialistas, provistos de la cultura científica indispensable para el ejercicio de su profesión, sea infinitamente más difícil de establecer que con los artesanos de antaño.

El Arquitecto debe seguir siendo artista... Ciertamente sí... Más que nunca le es necesario poseer una gran cultura general y un sentido artístico muy desarrollado... Pero también debe ser un científico... Sin lo cual no le es posible pretender la conducción general del equipo en el cual tienen su lugar aquéllos que deben aportar a la obra común el apoyo de su ciencia particular.

La obra, para ser conmovedora, debe representar un pensamiento único. Es vano esperar alcanzar la belleza mientras exista el choque de disciplinas divergentes. Las exigencias de cada una de ellas son legítimas sólo hasta el momento en que se corre el riesgo de romper la unidad de la obra.

¿Quién trazará entonces los límites de esta legitimidad sino el Arquitecto? Todas las grandes realizaciones han tenido a la cabeza el indispensable conductor... Esto, válido para las grandes obras, lo es tanto más para las pequeñas.

La conducción de un pequeño taller de mañana no corresponderá a la del pequeño taller de ayer. En todas partes se elevará el papel del Arquitecto. En todas partes el Arquitecto deberá dominar problemas cada vez más complejos, renovados sin cesar.

En vista a esta formación es que debe ser concebida la enseñanza. Sin embargo, no siem-

pre es admitido este punto de vista de buen sentido. Todavía existen retardarios que estiman que con un buen ejemplo clásico arreglado...

No se hará nada bueno mientras exista este punto de vista entre los miembros de la Enseñanza.

Jamás será abordado francamente el esfuerzo total de reorganización de las Escuelas que los jóvenes reclaman con tanta justicia. ¿Entonces, que?

La Enseñanza aceptará o no aceptará la revisión indispensable. Si no la acepta. ¡Dios mío! es simple... la vida continuará. La tierra no dejará de girar, porque algunos Arquitectos se complacen en mirar hacia atrás.

La época impone exigencias legítimas, los Arquitectos desaparecerán y la antorcha será tomada por otros... Será muy lastimoso, pues nadie está más calificado para los trabajos futuros que aquellos que se han beneficiado con la admirable formación de las disciplinas de la Arquitectura.

Sensibilidad, cultura, espíritu de síntesis y de análisis, todo lo tienen ellos. Y todo eso es esencial para las necesidades de mañana. Si la enseñanza admite la evolución inevitable, todo llega a ser simple. Se hará la reforma que permitirá mantener al día nuestra cultura ac-

tual, complementándola con los elementos científicos que van a aparecer periódicamente.

Veremos nacer, desde la salida de la Escuela, una generación de Arquitectos totales, continuadores de aquellos que poseemos ya. Formaremos esta vez "Arquitectos clásicos". Clásicos reconciliados con la verdadera tradición, la tradición viva, la de los grandes hombres del pasado, los que han resuelto tan magistralmente los programas "de su tiempo" con los medios de su tiempo...

Recordemos la frase que emplea Bondel en su dedicatoria a Monseñor Turgot, calificando su libro "de obra que trata la Arquitectura dentro del gusto moderno". Por cierto, no faltan referencias para establecer que los grandes clásicos fueron vigorosos revolucionarios de su generación.

Con tal estado de espíritu, el suyo, podemos pretender equipar nuestro país de edificios diseñados armoniosamente.

En conclusión, decimos: el problema es simple:

Pequeñez, impotencia, soluciones mediocres por un lado...

Vigor, fe en el porvenir, utilización de los magníficos medios de la época por el otro...

A nosotros nos corresponde elegir.